

MINTE NU SIVI HERMANDAD DEL FUEGO

I Julio Ndareje Garduño García



EDICIONES
GOSIVI

Minte nu sivi

Hermandad del fuego

Índice

Advertencia

Prólogo del autor

I.- La incógnita del muerto

II.- E Ixkjua

III.- Cuentos de familia

IV.- Las hermanas y sus muñecas *Lelé*

V.- La cartulina

VI.- Ra Jyasu

VII.- La montaña

VIII.- El día

IX.- Entre rezos y cuentos

X.- Seru

Advertencia

El presente texto es la primera parte de un libro que conmemora los dos años de existencia de nuestro proyecto editorial, conmemoración que realizamos compartiendo una serie de cuentos que pueden leerse por separado o de forma continua, de tal suerte que entregamos en forma libre y gratuita no solo un texto, sino más de una decena de cuentos que se enlazan con una historia en común.

Por Gosivi Editorial

Bo`Xancú

Prólogo del autor

Esta historia no versa cuentos de fantasmas con sonidos de cadenas; tampoco de vampiros modernos, que saben más de moda que de una historia que posiblemente vivieron y protagonizaron; no se trata de castillos medievales y fuegos fatuos; ni de brujas anticuadas con verrugas o brujas sexis políticamente correctas. Esta historia trata de nuestras propias historias de miedo, las que nos contamos y escuchamos en el pueblo, las escuchamos en los lugares más inesperados, las que surgen de realidades diversas y sencillas, las que están ahí y pocas veces contemplamos, las que forman parte de nuestra concepción olística de la noche. Algunas de ellas son la memoria presente de nuestros ancestros y otras mi interpretación de la dimensión nocturna de nuestro pueblo. Aunque sean cotidianas, nuestras historias también son sorprendentes e increíbles, tanto que parecen irreales, son reales a la vez que escapan del mundo tangible.

La incógnita del muerto

Mi secundaria se construyó sobre un antiguo cementerio, ¿quién podría creer eso? Pero así es. Tampoco me creerían que me junté con varias chicas de la escuela a contarnos historias, en medio de la noche y a la luz de una fogata; tampoco estoy seguro que puedan creerme sobre las patrullas buscándonos y todo lo que tuvo que suceder para que esa noche llegara. Una noche de despedida que antecedió nuevos comienzos.

Es poco posible que todo lo que pasó, poco antes de graduarme, tuviera que ver con esa escuela, lo siniestro de la noche, las historias que tomaban forma en la oscuridad, el miedo recorriendo mi piel y esas luces azules y rojas de las patrullas. Tiene poco que ver pero fue donde comenzó.

Pareciera que esa noche llegó y se fue como todo lo fugaz y sorprendente que deja huellas en nuestras vidas, así, sin darnos cuenta hasta que nos invade por completo, poblando un espacio irreductible en nuestra mente. No, no quiero decir que todo aquello comenzó de la nada. Recuerdo que la escuela, que aún lleva por nombre el de un prócer de la independencia, era tan cotidiana como cualquier otra secundaria. Durante los tres años que estudié ahí, tuve muchas pequeñas aventuras, aunque no creo recordar ni la mitad. Pienso que buena parte de lo que pasaba dependía de mi extraña facilidad para enredarme en todo tipo de problemas.

Es posible que mi curiosidad fuese la causa de todo aquello, fue la razón por la que escogí el seudónimo de Mixi, que en mazahua quiere decir gato, yo era un gatito curioso. Aunque me estoy adelantando, la selección de sobrenombres fue un poco después. Antes fue lo del muro, y antes de eso fue lo de los pollos. Es cierto, de alguna manera las cosas comenzaron con los pollos.

Seguramente fue después de la celebración del Jueves de Corpus, durante la segunda o tercera semana de junio. El hecho es que una mañana estaba bastante distraído, no recuerdo nada de lo que hablaba el maestro de civismo, pudimos estar estudiando sobre valores como la honestidad y esas cosas. Me parecía absurdo que, muy alto en la cadena de la enseñanza, se quedaran atorados los recursos para los libros y es que debían ser cuidados en extremo, sin resolver los ejercicios o maltratarlos, pues se los heredaríamos a la siguiente generación. Aún me parece absurdo que eso pasara cuando la asignación presupuestal contemplaba la compra anual de libros. Mi escuela tenía libros por los menos, bueno, tal vez pensaba en eso, o en cualquier cosa más mundana, cuando miré a un costado y junto a mí estaba Rosi dibujando un pollito sobre el libro de texto.

La contemplé algunos minutos, mientras el pollito tomaba forma, y en lugar de indignarme por sus trazos me puse a pensar en la naturaleza de los pollos, en la naturaleza ovípara en lo general. Cuando le pregunté a Rosi

el maestro comenzó a gritar. La pregunta me parecía inocente y sumamente necesaria, no tenía idea y quería saberlo. El maestro H me pidió que repitiera la pregunta, para que todo el salón la escuchara, y así lo hice. Algunos soltaron risitas pero cuando le dije al maestro H ¿Usted sabe como se reproducen los pollos?, el maestro H enrojeció, todos comenzaron a reír, a silbar e incluso hubo alguien que cayó al suelo de tanta riza que tenía. Yo solo quería saber cómo se reproducen los poyos. El maestro H me ordenó que fuera a la dirección a preguntar eso.

Cuando llegué a la dirección, la maestra E me miró con cara de “otra vez tú” y tuve que repetir por cuarta vez la pregunta que a todo mundo parecía incomodar y nadie quería responder. Pasarían años hasta resolver esa duda con una explicación convincente. No recuerdo que castigo me dieron en la dirección, pero recuerdo que pasé un par de horas completamente aburrido hasta que comenzó la hora de descanso. Por suerte me dejaron salir, tal vez fue el hecho de que nadie quiso quedarse a custodiarme.

Durante el descanso de aquel día agotador y carente de respuestas dí un paseo por mi pequeña escuela. Debía estar aburrido o molesto, caminé hasta detenerme frente a un muro de cantera, justo atrás de los laboratorios. Ahí me encontró Rosi, es posible que quisiera hablar de los pollos pero se quedó ahí parada sin decir nada. Después llegaron Sami Samantha Salamandra y Tivi que también se quedaron mirando como Rosi.

Yo miraba el muro, ellas tres me miraban mirar el muro y nadie decía nada, hasta que Rosi rompió el silencio.

—Dicen que acá en la escuela se aparece un niño por las noches, llamando a su mamá.

—Eso no es cierto, ¿quién podría creerse esas historias? —Dije con cierta indiferencia.

—Es verdad —murmuró Sami con voz suave y misteriosa —dicen que aparece todas las noches y si no tienes cuidado ¡sas!

Yo salté de un golpe, conteniendo un grito y haciendo una especie de sonido nasal. Sami había clavado sus dedos en mis costillas. Reímos un poco y seguimos contemplando el muro, en mi mente tramaba una justa retribución y comencé a hablar.

—Eso no es lo que pasa, ahí en la pared está un rastro de que éste lugar alguna vez tuvo algo interesante, ese pedazo de lapida que hicieron pasar por cantera, casi se borra la cruz y ese nombre me recuerda algo muy oscuro y siniestro, algo oculto que pueden notar si se acercan más a la pared, lean, lean ese nombre.

Las tres se acercaron al muro, estaba apunto de hacerle cosquillas a Sami y una horripilante voz me hizo girar de inmediato. Vi el semblante siniestro de la maestra E mirándome, con esos ojos de angustia y decepción moviendo de lado a lado su cabeza. Creo que pasé el resto del

día castigado en la dirección. Ha no, no es cierto, recuerdo que regresé a clases y me volvieron a sacar del aula.

Eso pasó al comenzar la última clase, Sami me arrojó un pedazo de papel, decía "ustin Mel ¿sabes quien fue?", me dí vuelta y vi sus enormes cabellos leoninos, me encogí de hombros y negué con la cabeza. Rosi tomó con un movimiento audaz el trozo de papel, después de leerlo susurró "yo sé quien fue". La miré intrigado mientras ella escribía en la parte de atrás del papel y me lo dio. La maestra N me gritó algo en inglés antes de que pudiera leerlo. Creo que por instinto o miedo me comí el papel y la maestra N me envió, según ella, a comer papel a la dirección. En el último año de secundaria a nadie le sorprendía que me pasaran ese tipo de cosas.

Cuando regresé por mi mochila no tenía planes para después de clases, en ocasiones esperaba un par de horas antes de irme a casa, iba a las maquinitas o daba la vuelta por el centro del pueblo, ha y también salía con mi novia, bueno eso cuando me acordaba que tenía una.

Una masa amorfa de estudiantes salía tras el toque de la campana, yo arrastraba mis pasos en dirección al salón, ahí Rosi me esperaba sosteniendo mi mochila y mi horrible sueter rojo de cuello en V. Me pareció extraño que no se fuera corriendo a buscar al chico con el que comenzaba a salir. Caminamos hasta la puerta de la escuela sin decir nada, creo que otra vez estaba triste Rosi y me debatía si debía preguntarle o no la razón,

seguramente era lo de siempre y al ser lo de siempre también estaría yo ahí para apoyarla.

Estuve a punto de decir algo cuando salté y dí un fuerte alarido, nuevamente Sami clavaba sus dedos en mis costillas, me giré para verla y ella sonreía apacible. Tivi y Rosi se morían de la risa mientras yo estaba bastante avergonzado y deseoso de un digno desquite. Por esa inercia que suele surgir cuando no queremos decidir a donde vamos, Rosi y yo seguimos el camino de Tivi y Sami.

—¿No vas a esperar a tu novia? —Preguntó Tivi con poco interés, tal vez para tener algo de que hablar.

—Hoy no, los miércoles tiene ensayo en la rondalla y a mi no se me da tocar la guitarra.

—Hermanito desconsiderado deberías de esperar a J, te va a dejar como siempre te dejan. —Dijo Rosi con una sonrisa opaca.

—¿Por qué no tocas la guitarra? —Preguntó Sami.

—No puedo tocar, creo que soy surdo.

—¿Y eso que tiene que ver?, en la rondalla siempre hay surdos, y además tú escribes con la mano derecha, lo que pasa es que te aburres con facilidad, es eso o eres un desconsiderado. —Rosi insistía con lo de desconsiderado.

—Bueno, lo que pasa es que soy diestro pero tengo dos manos izquierdas. —Al decir eso Sami, que iba un poco mas adelante, se giró para ver mis manos.

Siguieron hablando de guitarras y cosas de esas, creo que hablaban de serenatas cuando comencé a rezagarme a propósito. Rosi que iba a mi paso se dio cuenta, estaba por preguntarme algo.

—¿Estás triste otra vez? —Me adelanté a preguntar.

—Sí, hermanito.

—¿Otra vez por un patán?

—Sí —Rosi tragó saliva o se tragó un suspiro antes de continuar—, ¿cómo puedo saber si un chavo es un patán?

—Con experiencia.

—Pero la experiencia no me sirve de nada, siempre termina gustándome un patán.

—Pues ahí está la respuesta, en la experiencia, y tú experiencia me dice que si te gusta alguien es un patán, si no te gusta tal vez lo sea y si no quiere nada contigo seguramente ese no es un patán. —Dicho eso Rosi me acomodó un fuerte puñetazo en el hombro.

—Sonó seco. —Dijo Tivi burlándose y sin mirar a donde estábamos.

—Ya sé que me dices la verdad, por eso eres mi hermanito, mi hermanito desconsiderado.

II

E Ixkjua

Caminamos un poco hasta detenernos en una banca de metal, bajo un árbol de huizache. En algún momento la conversación retomó las historias de fantasmas y apariciones, y recordé que Rosi sabía algo de aquel nombre gravado en la cantera. Esperé un poco pensando que mi querida hermanita de vida quisiera contarnos, pero parece que se había olvidado del asunto. La conversación había seguido una ruta muy lejana a lo que pasaba por mi mente, dejé de escuchar y me concentré en las posibles palabras que digería mi estomago. ¿Por qué me comí el papel? No tengo idea, debí haberlo guardado, la maestra me hubiera pedido que lo leyera a la clase o que lo tradujera al inglés, no alcancé a leer nada, y me intrigaba pensar en lo que Rosi había escrito. Incluso olvidé que mi hermanita estaba a un lado mio, Tivi se despidió dándome un beso en la mejilla y Sami hizo lo mismo, cuando Rosi estaba también por despedirse me alejé un poco y la miré preocupado.

—¿Qué pasó hermanito?, ¿dónde está tu mente ahora?

—No nos dijiste, ¿tú sabes quien fue el muerto?

—¿Cuál muerto?

—El de la lapida, el de la cantera, el del muro.

—¿Cuál muerto?, ¿estás loco?... Mmmm ya me acordé —dijo Rosi entre risitas— ese muerto. Pero no era un muerto, o bueno, en vida no era

un muerto, yo sé que era un mudo. Mi abuelita me contó la historia de Justino Meléndez, a ese ingrato le decían el Tino, creo que era el mismo mudo de la lapida, o el mismo muerto.

—Pero explícate —Dije confundido— no entiendo nada, todos sabemos que el cementerio primero estuvo en lo que hoy es el atrio de la Iglesia de San Miguel, después lo mudaron a la parte donde hoy está la escuela y por último lo pasaron al calvario, el cerro en el que está hasta ahora. Pero cómo sabes que el nombre incompleto de la única lapida que se conserva visible en la escuela es de ese señor.

—Púes yo no sé, pero me lo imagino. Es el único que se me ocurre y coincide mucho con el nombre incompleto.

—Y ¿qué sabes de ese señor?, ¿sabes cómo murió? —Preguntó Sami con una sonrisa ansiosa.

—Pues es una historia terrible, pero lo terrible de lo que le pasó a aquel señor no tiene que ver con su muerte sino con la forma en que vivió. Se trata de lo que cuentan sobre el mal que puede ocasionar una persona y del castigo que aveces trae. Eso lo contaba siempre mi abuelita, es lo que quería decir cuando decía ixkjua.

—Uxua —interrumpí y Tivi me miró haciendo una cara de completo desagrado— le dicen uxua.

—Ixxkjua, así le decía mi abuelita, y no me interrumpas que te suelto un golpe —yo puse cara de bueno pues siguele y las palabras de Rosi tomaban un tono casi solemne o siniestro y oscurecían nuestro entorno centrando la atención en la historia— la cosa empezó cuando el mudo

todavía no era un mudo, mas bien era un gritón, siempre andaba regañando a su mamá, él ya estaba grande y no trabajaba, tampoco estudiaba, dicen que porque no sabía hacer nada, pero en aquel entonces nomás había una primaria en el pueblo y no creo que tuviera dinero para ir a estudiar a otra parte. Y pues aquel no hacía más que gritarle a su pobre mamá y maldecía todo el tiempo. Contaba mi abuelita que afuera de aquella casa solamente se escuchaban groserías. En algún momento le dio por comenzar a tomar, ya andaba borracho a medio día y cuando estaba en su casa solo le daba por gritarle a su mamá porque no había nada de comer, que porque no le daba dinero, que porque quién sabe qué. Se la pasaba gritando y maldiciendo, hasta que una tarde que andaba bien borracho se peleó con otros muchachos del pueblo, Justino que era grandote y corpulento, les pego una buena a los demás muchachos y llegó a la casa de su mamá con mucha sangre en su ropa. Imagínense a la pobre señora, creo que se llamaba Domitila, la pobre señora lloraba por saber si le habían lastimado a su hijito. Pero el ingrato ese que solo vivía para atormentar a su mamá, empezó a gritarle y a empujarla mientras ella quería revisar si su hijo no traía alguna herida. Por los gritos y empujones la señora le decía entre lagrimas ixkjua, ixkjua. Ese ingrato se la quitó de encima empujando bien fuerte a la pobre señora, tan duro que de la caída se pegó en la cabeza y se quedo ahí inconsciente.

“El canijo salió bien enojado culpando a los muchachos con los que se había peleado, queriendo ir a buscarlos de nuevo, gritaba por la calle que pronto estarían muertos, que nadie lo iba a parar ni el diablo mismo. Para

ese entonces Justino ya había hecho casi todo lo imperdonable, a lo mejor le faltaba dar muerte a unos pobres muchachos. Y así entre groserías y gritos se fue por el camino buscando terminar lo que había empezado. Cuando llegó al cruce de caminos, justo debajo de unos peñascos había un hombre todo vestido de negro, sus botas, su sombrero y su camisa estaban bien limpietas y ese señor fumaba con una mano y con la otra se acariciaba los pelos ralos de su barbita. Buenas tardes mi amigo, le dijo aquel señor a Justino, pero aquel no le contestó, el señor desconocido volvió a decirle buenas tardes y también le dijo se ve muy intranquilo mi amigo, cálmese que le puede pasar algo. Tino que ya lo había dejado unos pasos atrás se volteó para decirle alguna grosería pero cuando lo hizo ya no estaba. No le dio importancia y continuó su camino maldiciendo. Unos metros más adelante apareció de nuevo aquel señor, fumando y acariciado su barbita, con una pierna recargada en una piedra enorme.

“Ese misterioso hombre no miraba de frente y daba una profunda calada a su cigarro, Justino quiso agarrar una piedra para aventársela a ese señor, pero empezó a resonarle la voz tenebrosa en la mente, le decía “se ve muy enojado, cálmese que le puede pasar algo”. Tino intentó agacharse para agarrar la piedra y antes de que lo hiciera vio al extraño soltar su cigarro y antes de que su cigarro tocara el piso aquel hombre ya lo traía agarrado con una sola mano, apretándole bien duro el cuello. Soltó lentamente el humo, lo miró fijamente con una mirada negra y vacía que daba terror o misericordia o las dos y sin mover los labios en la mente de Justino comenzaron a resonar las palabras de ese señor. Decía muchas

cosas a la vez, decía todas las maldades de Justino, todas sus groserías y maldiciones, se las repetía una y otra vez. El ingrato lloraba y se preguntaba quién era ese extraño señor que lo había agarrado en un segundo, cosa que nadie más en el pueblo había hecho, quién es usted, se repetía una y otra vez, sin poder decir palabra, llorando y asfixiándose. Trataba de liberarse de la mano pero no podía, seguía colgado, pataleando y ahogándose entre sus mocos y lagrimas, el ingrato se llevó las manos a las orejas cuando ya no aguantaba los gritos en su cabeza, ¿no sabe quien soy?, ¿no sabe quien soy?, yo tengo muchos nombres, yo soy tus fechorías y tus maldiciones, yo soy el dolor que causas, soy las lagrimas que provocas, yo soy ixkjua. En eso sintió como lo subía hasta lo alto de los peñascos, las piedras le desgarraban la piel y la ropa por igual mientras la mano no soltaba su cuello. Suélteme, suélteme, decía en su mente Justino. ¿Quiere que lo suelte?, preguntó el ixkjua y Tino intentaba mover la cabeza para decirle que ya lo dejara, que ya no le haría mal a nadie, y en eso aquel monstruo lo soltó. Cayó de lo alto golpeándose con todas las piedras y antes de tocar el suelo el ixcua ya lo esperaba abajo. Entonces lo volvió a subir hasta arriba del peñasco pero con trancazos y patadas, sin dejar de pegarle, sin tener piedad por sus lloridos y perdones. Así lo trajo, de arriba a abajo del peñasco hasta que Tino ya no supo nada de nada.

“Después, ya entrada la noche unos vecinos lo levantaron del camino, todo desecho el pobre, tanto que hasta había perdido sus huaraches. Lo llevaron a casa de su mamá pero ella ya no quería saber nada de su hijo ixkjua al que le tenía mucho miedo. No sabían que hacer con Tino y se lo

dejaron a mi abuelita para que lo curara. Pasaron varios días y muchas limpias con rezos, huevo, copal y ramas de pirul hasta que Tino despertó, le pidió un poco de agua a mi abuelita y con una voz bien bajita y ahogada en llanto le contó todo lo que había pasado. Después de eso ya no volvió a hablar y pasaron pocos años hasta que el pobre Tino se murió, decía mi abuelita que dejó de comer, que dejó de dormir, que nomas temblaba como si hiciera frío, que nunca cerraba los ojos y un día ya no se movió, se quedó tieso ese ixkjua.

Al finalizar aquel relato mi piel se había erizado, me costaba trabajo hablar y creo que Rosi se miraba algo cansada. Tivi mencionó que ya lo había escuchado pero que el monstruo no lo llamaban Ixcua, ella había escuchado la versión del charro negro. Sami que casi siempre tenía algo interesante que decir nos comentó que aquella leyenda se contaba de muchas maneras, que era imposible tener una única versión y que era importante reflexionar sobre el contenido de esas historias.

—Pero es uxua —dije en tono altanero, tratando de compensar la sensación de miedo que me había causado el relato— uxua es una grosería en mazahua.

—¿Quién va a saber más, mi abuelita que toda su vida habló jñatjo o tú que nomás sabes groserías? —Rosi y Sami se reían mientras Tivi me miraba con disgusto, creo que desde ahí le caí mal.

—Espérense los dos —interrumpió Sami— ¿Dónde pasó lo que cuenta tu abuelita?

—En San Bartolo, de ahí es mi abuelita.

—Pues el cuento está muy bueno y todo pero no se les hace mucho que trajeran desde otro municipio a enterrar a ese tal Tino acá, además el nombre está muy borroso, en la lápida solo se puede leer ustin Mel. —La lógica de Sami siempre me sorprendía.

—Sí, sí, que tal que es otro nombre, además en San Bartolo varían las palabras, acá es uxua. —Dije ansioso.

—Pues seguimos sin saber cual era el nombre, pudo ser Agustín, Justino, Justiniano, hasta pudo ser un nombre extranjero o que se yo. Aunque la historia estuvo bien buena, Rosi. Se parece a las que cuentan del charro negro o del diablo, deberíamos contar otras que nos sepamos.

—Gracias Tivi, pues sí, deberíamos juntarnos a contar otras aunque no sepamos quien fue el muerto.

Así, sin saber cuál era el nombre o más bien sabiendo cuál fue el nombre del mudo, antes de que fuera mudo, y que muy seguramente no fue enterrado en nuestra secundaria antes de que fuera secundaria, entre la confusión y el gusto por lo tenebroso y desconocido decidimos juntarnos cada semana a contarnos más historias.

III

Cuentos de familia

La siguiente semana transcurrió mucho más aburrida que la mayoría del tiempo. Por alguna extraña razón dejé de meterme en problemas, tal vez fue porque mi curiosidad se volvió más introspectiva o tal vez por los escalofríos que sentía cada vez que entraba a la escuela. Lo cierto es que no percibí nada fuera de lo común y aburrido.

Durante aquellos días traté de recordar algunas historias y cuentos que contaban en mi familia pero no podía elegir una en particular. Había escuchado un sinfín de relatos muy buenos, uno de mi abuelo que contaba sobre una noche de borrachera; caminaba junto al río y escuchó a un bebé llorar, vio que estaba envuelto en una sabana blanca y cuando se acercó a levantarlo intentó descubrir su carita, con terror contempló un rostro demoníaco que intentó morderle, arrojó a aquella criatura al agua y siguió su camino tambaleando en medio de su borrachera. Pensé en contar lo que me había pasado una vez que fuimos a explorar, con mi hermano y mis primos, la hacienda de San Francisco. Saltamos las alambradas a mitad de la noche, en una de las habitaciones de la enorme hacienda abandonada escuchamos quejidos ahogados y aterradores, nos acercamos con mucho cuidado. Cuando estábamos muy cerca pudimos ver que era Don Chemo, un viejo cuidador de vacas, que estaba perdido en su borrachera bañado en vomito, esa anécdota tal vez no tenía nada de terrorífica pero era muy horripilante. Habían otras historias que seguramente sabrían y las descarté

por completo. Me daba vergüenza llegar a contar la historia del tipo que encontró a una doncella en mitad del bosque, ella le pidió que la llevase cargando en su espalda para atravesar el pueblo, y si lo hacía sin mirarla ella se casaría con él. El final de la historia es conocido en extremo, la gente del pueblo le advierte que lleva cargando a una serpiente y él al no poder resistirse, gira la mirada y descubre a la serpiente, quedando solo y sin esposa por culpa de las habladas del pueblo. Bueno la interpretación general es otra, pero me importaba poco, no quería ser repetitivo. Muchas historias pasaban por mi mente y ante cada una encontraba una razón para no contarla.

Cuando llegó el día en que nos volvimos a encontrar, me sentí muy nervioso pues no tenía nada que contar. Bueno, antes de eso ya me había olvidado que esa tarde debíamos juntarnos, en ocasiones olvidaba en que día estábamos, creo que aún me suele pasar.

Al finalizar las clases yo estaba tan distraído como siempre, ni siquiera me pregunté qué era lo que parecía interesar a todos que se habían amontonado para mirar una ventana del salón. Cuando me iba sin rumbo alguno, pasé junto al muro de la escuela en el que estaba incrustada la casi imposible lapida Justino Meléndez y sentí de nuevo el escalofrío, no tengo idea de en que estaba pensando cuando un terrible susto me sacó de mis meditaciones adolescentes. Salté de un golpe, otra vez Sami me había clavado sus dedos en las costillas, comenzaba a perder la cuenta de todas las que debía desquitarme.

—¿A dónde vas?

—Pues... no sé.

Respondí algo confundido, al girarme vi a Rosi y Tivi que reían detrás de mí, no pude evitar ruborizarme y evité que Sami viera mi cara avergonzada. Caminé junto a ellas sin decir nada, Sami y Tivi murmuraban algo, Rosi me dirigía de tanto en tanto una mirada de cierta compasión o tristeza. Yo seguía con mi cara avergonzada, tratando de pensar en el momento en que por fin pudiera desquitarme de Sami. No me dí cuenta que habíamos llegado a la banca de la otra vez, bajo aquel árbol de huizache. Yo estaba a punto de irme cuando preguntaron a quien le tocaría esta vez, ahí fue cuando me puse muy nervioso y se me olvidaron todos los relatos que estuve tratando de recordar en la semana.

Tal vez tendría que improvisar y terminaría contando algo todo apresurado, por suerte no fue así. Después de un rato sin decir nada, Sami sacó de su mochila una muñeca Lelé que en ese entonces no era tan popular como ahora. Se trataba de una muñeca de trapo, hecha por las manos artesanas de mujeres Ñhañu del municipio de Amealco, era del tipo que hoy conocemos como Mazahua Dol. Tenía ojos grandes y negros, sus trenzas de cabello negro estaban adornadas con moños de listones rojos y blancos.

IV

Las hermanas y sus muñecas *Lelé*

—¿Nos vas a contar una historia de muñecas o te vas a poner a jugar con ella? —Preguntó Tivi después de soltar una carcajada.

—¿Alguien quiere jugar a la casita? —Respondió Sami con una expresión que podría ser de molestia o broma, yo no entendía nada. Tivi y Rosi me miraban, no supe que contestar y después reímos un poco.

—Es broma, no vamos a jugar a la casita, ni aunque quieran o no sepan —Dijo Sami mirándome—. Esta muñeca tiene que ver con una historia diferente, se trata de dos hermanas y de la vida después de la muerte, no la vida de los muertos sino la vida de los vivos.

—Espera, espera —interrumpió Tivi —, debes de elegir un apodo, hagamos esto algo más interesante.

—Bien, mmm, mi nombre es Axolotl y les contaré la historia de las hermanas y sus muñecas *Lelé*.

"Leticia y Ximena eran dos hermanitas gemelas que se parecían en todo, sus papás las habían confundido varias veces, tanto que a sus diez años nadie tenía idea de quien era quien. El carácter de las dos hermanitas era muy diferente, mientras una era traviesa y hablaba mucho, la otra era más tranquila y callada; no acostumbraban hablar entre ellas, eran sus pequeños gestos gatunos los que usaban para comunicarse. Vivían en una casita de madera, allá en lo alto de la montaña, tenían un par de muñecas

que su mamá les había hecho con pedazos de tela; jugaban a que las muñecas vivían en pequeñas cuevas hechas con pasto seco, también a que el suelo era agua y debían saltar de piedrita en piedrita para no mojarse; jugaban a otras cosas también, les encantaba jugar a las traes, y a las escondidas entre los árboles que rodeaban su casa. Nunca se peleaban entre ellas, parecía que adivinaba una lo que la otra pensaba, eran dos hermanitas que se querían mucho y por eso fue tan terrible lo que pasó una tarde.

“Estaba nublado, a lo lejos se veía que se acercaba una tormenta, los truenos se escuchaban cada vez más cerca y la tarde se veía gris. Esa vez Leticia y Ximena jugaban a las escondidas, la más traviesa de ellas contaba mientras la otra salió a esconderse, parece que no se escondió muy bien y su hermana la encontró muy, muy rápido. La encontró detrás de un árbol, y aunque le pareció que la otra había hecho trampa, con una simple mirada supo que sí había contado hasta cincuenta. Cuando le tocó su turno estaba contando con la cabeza pegada a la pared de madera de su casita, iba contando cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos ¡y zas! Un trueno hizo retumbar la tierra e iluminó todo a su alrededor, la tarde gris por un momento se volvió blanca. Se asustó mucho y dejó de contar, corrió a buscar a su hermanita y no la encontraba por ningún lado. Le gritaba “ya hermanita, no estoy jugando, sal de ahí” y la niñita no aparecía. Buscó y buscó hasta que las frías gotas comenzaron a caer sobre la tierra, miró detrás del árbol en que ella se había escondido antes y ahí encontró a su

hermanita que parecía vencida por un terrible sueño. Intentó moverla y no respondía.

”La velaron durante la noche, los rezos se perdían entre los truenos del cielo que parecía no dejar de llorar. Por la mañana realizaron la costumbre de juntar todas sus pertenencias de la fallecida para enterrarlas con ella, su hermanita tenía las dos muñecas y cuando le pidieron una, ella dio la equivocada.

”Pasaron los días y la niña extrañaba mucho a su hermanita. Pasaba acostadita todo el día, no podía llorar y cuando se quedaba dormida despertaba de golpe y miraba a un lado de su cama donde debía estar su hermanita y solo estaba la muñeca que no era suya. Esa muñeca le daba un poco de paz y consuelo, por eso no se alejaba de ella.

”Llevaba la muñeca a todas partes, dormía con ella, comía con ella, salían a caminar e iban a la escuela juntas. Nadie se atrevía a decirle algo, debían tenerle compasión o lástima, tal vez pensarán que solo era un juego con esa muñeca de trenzas de estambre negro. Después de unas semanas la niñita ya no parecía estar triste, pasaba las tardes hablando con la muñeca de trapo, miraba sus cejas gruesas y ojos grandotes, le contaba las cosas que harían cuando fueran grandes. Después de contarle algo a la muñeca guardaba silencio y luego se reía o le decía que sí moviendo la cabeza, como si estuvieran hablando las dos. Su mamá pensaba que era fuerte y que enfrentaba la situación con menos dolor que ella y su marido,

un día le compró un vestido azul igual al de la muñeca y después la niñita aprendió a trenzarse el cabello usando listones rojos y blancos.

"Corrieron así los días y los meses, y la niñita parecía feliz pero hablaba menos, pasaba horas mirando a la muñeca y riendo cómplice junto a ella, poco a poco se fueron borrando sus gestos gatunos hasta que los diálogos con la muñeca resultaban imperceptibles. Pasaba mucho tiempo imitando los gestos de la muñeca, extendía los brazos y se quedaba inmóvil sobre la cama a un costado de la muñeca Lelé. Pero todo aquello no duró mucho, una noche la niñita sintió como su cuerpo se hacía rígido y más pequeñito, se sentía feliz porque a cada momento se parecía más a su hermanita. Fue por la mañana del día siguiente que sus papás encontraron sobre la cama a dos muñecas igualitas, ambas con sus ojos grandes y negros, las mejillas chapeadas, las trenzas de estambre engalanadas con listones, su vestidito azul y los zapatitos de trapo negro. Después de eso ya nadie supo ni se acordó de las hermanitas, sus papás se resignaron a pensar que sobre esa cama siempre habían estado esas dos muñecas igualitas, todo rastro de vida anterior se perdió en la noche.

Nos encantó la historia, nadie había dicho que no podíamos contar alguna de invención propia. Había escuchado otras historias y ensayos que Sami había redactado pero éste cuento escapaba a lo que escribía generalmente. Recordaba dos relatos de ella, ambos trataban sobre la noche, el primero fue durante un ejercicio de alguna clase cuando nos dejaron sentar donde quisiéramos, debíamos cerrar los ojos y dejar volar

nuestra imaginación. Debíamos lograr una especie de trance después de tener un sueño, alucinación o epifanía y contar todo aquello al grupo. Sami nos habló de la oscuridad y el sonido de las hojas de los árboles, las calles vacías. la noche misma como un personaje que tomaba una presencia aterradora y a la vez encantadora. Debería recordar tal cual lo dijo pero sinceramente no podría hacerlo tan bien como ella. El segundo relato de Sami fue sobre la noche también, su temor frente a la muerte del día, el fin de la esperanza y algo más que me duele no poder recordar.

Antes de despedirnos soltamos algunas ideas sobre la forma que debía tomar nuestro pequeño grupo, A Tivi le parecía que debíamos contar las historias durante la noche, en las expresiones de Sami y Rosi noté que lo veían poco posible, pero a mi me fascinó la idea. Sami recomendó que debíamos buscar un nombre para el grupo, un nombre en lengua originaria, preferentemente en mazahua, Rosi y yo nos comprometimos a buscar algunas propuestas. Por su parte Rosi insistió en que debíamos de contar las historias uno a uno, sin que nadie se repitiera hasta que todos hubieran participado. Yo dije que por lo menos debíamos contar una vez las historias en la noche y faltaban menos de un mes para terminar el curso. Creo que la frente arrugada de Tivi me decía que yo intentaba hacer mi voluntad con su magnífica idea, de alguna manera siempre terminaba chocando con Tivi, así que Tivi remató con otra idea.

La cartulina

—Debemos invitar a alguien más, pero debe de cumplir con algunos requisitos —dijo Tivi con voz autoritaria—, el primero será discreción, nadie debe de hablar de lo que hacemos en el grupo, ni de las historias que contamos.

—¿Cómo le vamos a hacer para invitar a alguien y no decirle a que le estamos invitando?— preguntó Sami con su astucia de siempre.

—Eso me parece un reto que se puede cumplir —Tivi sonreía al hablar—, será más divertido.

—¿Pero cómo sabemos que alguien puede formar parte? —Pregunté confundido.

—Es fácil hermanito, si cuenta una buena historia se queda, si dice pura tontería se va de puntitas hasta su casa. —Asentimos con la respuesta de Rosi, yo estaba muy emocionado.

—Otra cosa más, traten de no traer a otro bruto distraído. —Dijo Tivi mirándome a los ojos y yo no supe por qué decía eso.

Después de despedirme de Tivi y Sami, Rosi me preguntó si sabía por qué ellas se habían portado así conmigo, yo no tenía idea de lo que decía, me parecían igual que siempre.

—Menso, menso y desconsiderado —dijo Rosi.

—¿Por qué dices eso?

—Lo peor de todo es que no sabes por qué lo digo —Rosi sonaba compasiva—, tu novia te deja y ni siquiera sabes. ¿No viste la cartulina?

—¿Cuál cartulina?

Rosi me explicó que J había pegado la cartulina poco antes de terminar la última clase, me dijo que todos se habían dado cuenta menos yo. No me extrañó aquella forma de terminar, J siempre puso interés en algo que parecía que solo le importaba a ella. No me quiero excusar, creo que tomó una decisión que no debió ser necesaria, nunca supe por qué se interesó por mí. A inicios del año escolar me comenzó a hablar y parecía una chica bastante interesante, pero solo parecía. Era muy linda, aunque siempre hablaba de lo mismo, de música que para mí resultaba muy cursi y de películas que me resultaban aún más cursis, creo que nuestro primer beso fue porque quería que ella dejara de hablar y así lo hizo. Pasaron algunas semanas y todo siguió igual, ella siempre hablaba de lo mismo. Creo que me sentí triste porque no era la primera vez que me pasaba.

Hablé de eso con Rosi y ella me contó sus actuales desventuras, resulta que se había enamorado de El Mandril, era de sorprenderse si se miraba de otra óptica que no fuera la de Rosi. El Mandril acostumbraba a ligarse a todas las chicas que estuvieran frente a él, en eso no hacía distinciones. Aunque si hacía distinciones, con las que él consideraba presentables solía pasear por el centro del pueblo e invitarlas a sus partidos de fútbol, a las que no consideraba presentables solo las invitaba a

salir durante una semana y nunca bajaban de su camioneta vieja. El caso es que El Mandril era el prototipo de patán que Rosi no despreciaría o incluso se enamoraría de un flechazo. Rosi, mi querida hermanita, solo veía lo que quería ver, El Mandril no se llamaba El Mandril, no. Para ella él era M, y M era un magnífico deportista, un chico que siempre tenía una ocurrencia para hacerla reír y además que le hacía regalos para festejar las tres semanas que llevaban juntos.

—¿Entonces por qué sufres si es tan genial como dices?— le pregunté a Rosi.

—Porque siento que me engaña. ¿Crees que estoy loca por pensar eso?

—Pues sí, ¿cómo vas a pensar eso de El Mandril?, ¿El Mandril? No, no creas que te engaña, ¿Por qué sentir que El Mandril te engaña, cuando puedes estar segura? Ese morro parece videojuego de vaqueros, le tira a todo lo que se mueva, si ya lo sabes, llevas un año y medio conociéndolo, es El Mandril.

—¿Y entonces que hago hermanito?

—No sé, qué te puedo decir yo, si me acaban de dejar por no saber que hacer con mi novia.

—Eso es porque estas bien menso, hermanito.

—Estamos bien menso, por esos somos hermanos.

Bueno creo que hace falta hacer una pausa, eramos hermanos aunque no fuéramos hermanos, o bueno eramos hermanos de vida; de hecho

después de décadas lo seguimos siendo. En nuestra secundaria solo habían tres salones de clase, uno por año escolar, y habían dos grupos por cada año, uno matutino y uno vespertino, durante el primer año conocí a Rosi, ella estaba en el turno vespertino y yo en la mañana, así que cuando me dejaban castigado por hacer preguntas parecidas a la de los pollos o por cualquier otra tontería, a ella la veía cuando entraba el otro turno. Siempre me miraba como diciendo “pobre tonto siempre lo castigan”, y pues de ahí no pasó la cosa. El segundo año Rosi lo cursó en el turno matutino, como ella no conocía a nadie se quedaba en el salón durante el receso y resulta que a mí me dejaban castigado. Comenzamos a hablar de tonterías y hasta la fecha lo seguimos haciendo, es divertido poder hablar de cualquier estupidez y poder seguir hablando de eso durante horas. También íbamos a las maquinitas, ella era muy buena en Street Fighter, The king of fighters y bailando, yo solo le ganaba en Capcom vs Marvel aunque ella se sabía la historia de cada uno de los personajes. Bueno, ahí está, así fue como Rosi y yo llegamos a ese punto de estar sollozando, en silencio, en medio de la plaza del pueblo, Rosi por un patán y yo por ser un *Uxua*. Ambos seguros de que no sería la última vez y ambos seguros de que estaríamos para apoyarnos, por lo menos hasta que terminara el año escolar.

VI

Ra Jyasu

A pesar del desaire amoroso, no dejé de pensar en la idea de reunirnos en la noche; nos imaginaba rodeando una fogata, entrando a la parte mas tenebrosa de nuestras mentes para contar historias que no podría imaginar. Trataba de pensar la manera de poder ir sin que mi mamá me lo impidiera. Si se trataba de papá seguramente me acompañaría y hasta se sumaría al grupo, pero mamá diría que no. Y si mamá decía que no, papá estaría de acuerdo con ella, me negarían el permiso de salir a mitad de la noche, seguramente parecería una locura de las que siempre se me ocurrían. La otra opción era salir sin que nadie me viera y ganarme muchos problemas, muchos más de los que acostumbraba, imaginaba que posiblemente se vieran mis amigas en una situación parecida.

Durante la cena, no recuerdo de lo que hablábamos, pensé en algo que me ha servido toda mi vida. El orden de la reflexión era el siguiente: si a los hijos e hijas todo el tiempo se les dice como deben de portarse y ser, a los padres nadie o casi nadie les dice como deben de ser y portarse; de ahí que pensé que no solo los hijos deben ser educados por sus padres, también los padres deben de ser educados por sus hijos. Debía acostumbrarlos, lo antes posible, a mis salidas nocturnas.

Terminando de cenar les conté, como si fuera lo más común del mundo, que tenía ganas de salir a caminar solo por el bosque, de la misma forma que en ocasiones lo hacía de día, pero que lo haría de noche. Mamá puso el grito en el cielo y dijo que le parecía cosa de locos y comenzó a decir muchas cosas terribles que podrían pasarme. Algunas de las cosas que mencionó ni siquiera habían pasado en el pueblo, tal vez eran sus pesadillas o alguna clase de premonición de lo que años más adelante ocurriría en todo el país. Una vez terminado aquel episodio de angustia miré a papá que estaba callado y posiblemente reflexionaba considerando todas las posibilidades.

— ¿Tú qué piensas? —pregunté, papá meditó un poco y respondió.

—En tiempos antiguos no era muy usual, como tampoco lo es ahora, salir a caminar en medio de la noche. Se cuentan muchas historias y leyendas acerca de lo que les sucede a quienes desafían la oscuridad. Se requiere una mezcla peculiar de curiosidad, insolencia, valentía y estupidez para enfrentarse a solas con el mundo de las sombras. En muchas familias mazahuas, existió la costumbre de estimular esas características de los jóvenes, para impulsarlos a dejar a tras su adolescencia.

”Era una especie de rito con pocas alegorías. Cuando un niño o adolescente, que tenía entre diez y quince años, tenía en su punto más álgido esas características; se le mandaba a lo alto de la montaña y debía esperar ahí, sin fuego, sin refugio y muchas veces sin protección, hasta la salida del sol. Subían a buscar la otra parte del mundo y la vida que el

miedo y las comodidades, aunque sean pocas, no siempre nos dejan conocer.

”En lo más espeso del bosque esperaban la llegada del amanecer. Subían con miedos y pesares, deambulaban entre tropezones y caídas, se enfrentaban a lo desconocido y bajaban. Bajaban cuando la esperanza vencía el terror de lo que antes era desconocido, de una parte inmensa de la vida en la que se piensa muy poco pero existe y se impone con toda su fuerza desde la oscuridad, eso significa el *Ra Jyasu* (el nuevo amanecer).

Al escuchar esas palabras de mi padre, recordé que poco más de un año atrás habíamos ido a caminar por la rivera del río. Llegamos a una cueva cercana al margen, estaba situada en un recodo y papá me contó que esa cueva fue el hogar de nuestros antepasados. Entre la arena que cubría el suelo, había mucha basura de plástico que se había acumulado en la superficie, intentando negar un pasado al que no era muy difícil acceder, bastaba mover un poco la arena de la superficie para encontrar pedazos de ollas de barro, también puntas de flecha de obsidiana y huesos de animales pequeños. Papá me dijo que esperara ahí y en un rato regresaría, creo que tardó algunas horas y durante ese tiempo me dediqué a explorar el pequeño espacio de la caverna. Pensé que tal vez fue su manera de hacer ese antiguo ritual conmigo, pero de día y con muy pocas posibilidades de hacerme daño. Pude haberme ahogado si caminaba unos cuantos metros hacia el río e intentaba hacer alguna tontería, como querer cruzar hasta los pequeños islotes, aunque la idea más peligrosa que se me ocurrió en ese

momento fue escalar la parte externa de la cueva. Por fortuna me resistí a mis constantes impulsos de meterme en problemas. Solo me quedé ahí contemplando mi entorno, tratando de imaginar la manera en que viviría si aquel lugar fuese mi casa.

Por supuesto que mis impulsos de meterme en problemas no se agotaron por aquella prueba, aunque durante un par de horas pude saber que es estar completamente solo, al principio me dio un poco de miedo y después me concentré en explorar mi entorno. Pero observaba a papá relatar ese viejo ritual y no pude contener mi pregunta.

—¿Y tú lo hiciste?

—¿Yo? No, claro que no. A mí me tocó enfrentar la adolescencia de otra manera. Cuando tenía casi tu edad, me mandaron a estudiar a la ciudad, tuve que valerme por mi mismo, trabajando y estudiando. Creo que eso le tocó a mi abuelo.

—Eso era antes, que eran otros tiempos, hacer eso ahora es cosa de locos. —Dijo mamá un poco ansiosa.

—A mí me gustaría hacerlo algún día. —Dije emocionado.

—A mi me da pereza. —Dijo mi hermano, a mi otro hermano pequeño ni siquiera le importó.

Mamá me dirigió una mirada como de condena, o de consternación. Creo que pudo ver en mi semblante que la idea se había vuelto una de mis

ocasionales locuras. Tarde o temprano la acabaría realizando, sin que ella se diera cuenta. Así que ella lanzó una de sus acostumbradas advertencias.

—Si no puedes con tu tarea, mucho menos podrás con la montaña, recuerda que siempre está primero la escuela antes que tus locuras.

Recordé que aquella tarde no había hecho tarea y me puse a hacerla en la cocina, mientras mamá y mis hermanos se iban a dormir. Papá se quedó en la mesa del comedor escribiendo o dibujando, no puedo decir con precisión si él dibujaba mientras escribía o escribía mientras dibujaba. Las hojas donde redactaba sus ideas estaban rodeadas en los márgenes con dibujos diversos y pocas veces podía entender sus letras, me parecían siempre escritas en una especie jeroglíficos indescifrables. Para cuando terminé mi tarea, papá se había quedado dormido frente a sus documentos, con su taza de café bastante cargado y frío a un lado, decidí que esa era mi oportunidad. Fui a ver si mamá y mis hermanos dormían y me di cuenta que no escuchaban mis pasos, me puse una camisa gruesa de algodón, después abrí la caja donde estaban las herramientas y agarré una pequeña hacha en forma de tomahok. Antes de salir escuche la voz somnolienta de papá pidiéndome regresar antes del amanecer.

VII

La montaña

Dejé a los perros dentro de la casa y me fui bastante confiado, pensando en que era el momento para emprender aquel viaje solo. Cuando llegué a la base de la meseta, me di cuenta que lo único que me impidió llevar una linterna fue mi propia estupidez, por qué no me di el tiempo suficiente para planear esa aventura. Fue mi orgullo o mi pereza lo que me impidió regresar a por la linterna, ya había caminado más de un kilómetro y decidí no retroceder.

Cuando subí por el camino de la meseta descubrí que mi idea inicial era muy distinta a lo que me enfrentaba, había pensado en los caminos y los había pensado de día. La noche me presentaba un escenario confuso y difícil de entender. Los caminos que tantas veces recorrí de día eran extraños, me resultaban nuevos en gran medida, me parecía haberlos recorrido entre sueños, y que un sueño era el que me guiaba. A pesar de ser una noche sin luna y sin estrellas, la primera parte del recorrido me fue bastante fácil, dando un paso a la vez el camino podía recorrerse sin resbalar. Cuando llegué a la cima de la meseta me sentí muy animado y la parte plana la recorrí en poco tiempo, andando por veredas que bordeaban varias hectáreas de maíz y trigo. Entre la penumbra de la noche surgían sombras y dentro de esas sombras resaltaba otras sombras, las más colosales eran mí guía hacia las montañas.

Poco antes de terminar mi recorrido por la planicie, quedé inmóvil frente a una cerca de piedras sobrepuestas. Recordé una anécdota de Macario, un amigo de la familia que nos ayudaba de vez en cuando en la casa con su experiencia de albañil, nos contó que en una ocasión fue con dos de sus primos a cortar leña, se les hizo de noche y tuvo que andar por el mismo camino que yo recorría. Dijo que al cruzar aquella cerca sintió que algo le rasgaba el pantalón, pensó que habría sido una rama o tal vez algún nopal, pero sintió la necesidad de arrojar una piedra en esa misma dirección. Pocos días después regresó y encontró en aquel lugar a una víbora de cascabel muerta de una pedrada. Se sintió aliviado porque después de él cruzaron sus dos primos que no sintieron ningún rasguño.

Recordar aquella anécdota me hizo sentir bastante miedo, no solo por la cerca, por un instante sentí la gran incertidumbre de no saber cuales eran los peligros que me esperaban más adelante, incluso los peligros que ya había dejado atrás. Me atemorizaba ser cociente de la posibilidad real de perder la vida en medio de la noche y en medio del bosque, completamente solo, y que nadie estaría ahí para ayudarme. Durante un instante dejé de pensar en todo eso, me impulsé y trepé la cerca con agilidad, ya estando arriba salté sin pensar en lo que estaría en el suelo. Mi tobillo se dobló por el impacto pero no fue nada grave, sentí un poco de dolor pero me alejé de la cerca lo más rápido que pude.

Al distanciarme de la cerca y avanzar por el camino descubrí que el miedo no me había abandonado, de hecho parecía hacerse más fuerte. No

sentía sueño, creo que ni siquiera bostecé. Sentí que me invadía una especie de insomnio extraño, algo que me alentaba a no perecer en medio de la nada, más que una ausencia parecía ser la presencia total de un sueño, estaba viviendo plenamente en un sueño o tal vez en una pesadilla.

El relato de Macario se repetía en mi mente, me mortificaba la extraña sensación de la muerte. Escapaba el pensamiento a mi entorno lúgubre, no podía saber qué peligros me rodeaban y la única certeza era saber que en algún momento, tarde o temprano, yo debería morir. Fui consciente de un destino que no solo me esperaba, pensé que también llegaría aquel desenlace para todas aquellas personas a las que quería, de igual modo a quienes conocía y a las que nunca llegaría a conocer; incluso llegué a pensar en J, aunque tan linda como aburrida también moriría como yo y como cualquiera, hasta la flor más linda se marchita, igual que su interés por mí. Me sentí tan pequeño y solo en aquel camino, únicamente pude seguir caminando en respuesta.

Recorrí un buen tramo del camino pensando en todo eso, seguí así hasta que recordé una anécdota fenomenal. Era otra de las historias de Macario, no recuerdo si la contó durante una cosecha o cuando estábamos abonando maíz, pero la historia la recuerdo bien. Era acerca de Fidencio, su primo, resulta que un día había terminado de trabajar muy tarde y después de eso pasó a una tiendita, moría de sed y compró cerveza en lugar de agua. Fue así que se quedó bebiendo hasta que el pequeño comercio cerró, a eso de las diez de la noche, y se fue tambaleando en dirección a su casa.

Caminaba confiado, y de un momento a otro una jauría de perros se abalanzó contra él. Dijo que al escucharlos ladrar pensaba que no le harían daño, pero con la primera mordida comprendió que en la noche perro que ladra si muerde. Estaba muy cansado, decidió asustarlos fingiendo que levantaba una piedra para arrojarla, eso hizo enfurecer más a los perros, y el pobre Fidencio intentó correr pero entre su borrachera y el cansancio del trabajo cayó un par de veces. Buscaba en el suelo tratando de encontrar alguna piedra pero no la hallaba, mientras los perros ladraban y se arrojaban contra él. Después de una caída pudo ver lo que parecía un montón de piedras, se lanzó sobre ellas y trató de agarrar una con todas su fuerza. Fidencio arrojó lo que había agarrado pero una buena porción se le quedo pegada en la mano. Los perros dejaron de ladrar y arrojarse contra él mientras intentaba limpiarse la mierda de burro de sus manos.

“En la noche nada es lo que parece, canijo”, decía Macario y mis carcajadas fueron tragadas por la inmensa oscuridad que no pudo borrar mi sonrisa. La gran sombra que se erguía al fondo tomaba forma de montaña por lo menos la parte más próxima, así es como llegué a la bifurcación de dos veredas. La primera se abría a la derecha, planteaba la posibilidad de subir por un camino que se borraba varias veces, era una pendiente engañosa de día y de noche debía serlo mucho más, aunque de noche el camino de la izquierda requería más fe que voluntad. Aquella pendiente me llevaría al cerro de la mina y después debería encontrar otro camino para llegar a lo alto de la montaña. A mi lado izquierdo surgía un

camino que bordeaba la montaña, se dirigía a otra meseta llamada la mesa grande y en algún momento debía tomar en dirección a la izquierda para alcanzar la cima de la montaña, parecía menos cansado pero era más largo e incierto.

Parado frente esa bifurcación, ni siquiera me puse a pensar porque mi intención era llegar a la parte más alta, simplemente quería hacerlo. Medité muy poco y decidí tomar el camino de la izquierda que a pesar de ser más largo me parecía un poco más seguro, eso sin considerar los peligros de la noche, tal vez mi pereza comenzaba a guiarme en ese momento. Al avanzar por aquel camino recordé que habían algunos barrancos y deslaves que seguramente no podría llegar a ver. El cielo nocturno no me regalaba ninguna luz, decidí cortar con mi hacha una rama larga que sirviera de bastón para saber por donde caminaba.

El sonido de los árboles acariciados por el viento era alentador aunque no disminuía mi cansancio. Avancé un buen rato pero sentía que había recorrido muy poco, no sabía exactamente donde estaba, por momentos la penumbra se volvía total y me costaba mucho poder andar. Había despertado a las seis de la mañana para ir a la escuela y ya pasaba de la media noche, no sabía a que hora debía detenerme para poder llegar antes del amanecer. Mi respiración cansada y los pasos sobre la tierra suelta marcaban mi camino.

Poco a poco mi rama se volvía indispensable, ya fuese por el cansancio o por la penumbra. Pequeños golpecitos de la rama me decían donde pisar y de pronto dejé de sentir el camino al frente. Me recorrió un escalofrío, sabía que habían barrancos y precipicios pero no podía ver nada, con la rama intentaba buscar algo que no fuera la nada, pero frente a mi no podía sentir otra cosa que el vacío. Intenté golpear a la derecha y tampoco había nada, lo mismo a la izquierda. Mi sensación de terror crecía y poco a poco fui girando sobre mi, intentando sentir tierra firme, debí haber dado varias vueltas sin tener éxito. Me imaginé parado sobre una roca en forma de punta y a mi alrededor un completo vacío, me parecía más absurdo que alarmante pero aun así estaba asustado. Palpando verifiqué el largo de mi rama y pude sentir que se había roto casi a la mitad.

Una carcajada me hizo recobrar el animo y di un paso al frente, lo di de manera felina, pisando con suavidad y después con energía, el suelo seguía ahí. No tenía idea de la dirección que debía tomar, y me esforzaba por tratar de mirar algo. Comencé a alterarme sabiendo que los barrancos aun seguían siendo peligrosos, y me inquietó la posibilidad de regresar. No sabía que hacer, pensaba solo en la ausencia primordial de mi visión. Antes de entrar en pánico decidí cerrar los ojos, respiré profundo y comencé a sentir el frío aire de la noche que recorría mi cuerpo al igual que los árboles.

Los sonidos de mi entorno parecían un sutil caos que no tenía sentido ni forma, poco a poco me fui acostumbrando a ellos y comencé a imaginarlos. Las ramas cubiertas de hojas se mecían de un lado a otro, los

cantos de las aves marcaban distancias y advertencias. Algunos sonidos de alas cruzaron frente a mí, el bosque estaba vivo y se mostraba a plenitud. Una sensación de calma me invadía lentamente y me quedé ahí contemplando sin ver, sintiendo sin tocar e imaginando el mundo real que me rodeaba.

Fue durante un buen rato, aquella contemplación se rompió cuando escuché ladridos de cachorros que provenían de un lugar no muy lejano. Por un momento pensé en los cachorros que había tenido de niño y como acostumbraba jugar con ellos, después puse más atención y comprendí que en medio de bosque no podía haber perritos, seguramente se trataba de coyotes pequeños y su madre no estaría muy lejos de ahí. Entonces abrí los ojos y decidí que era el momento de regresar, no podría defenderme con mi hacha y no me gustaría hacerle daño a algún animal que defendiera su derecho a existir.

Caminé un poco hasta encontrar la dirección de la pendiente, y seguí andando con pasos felinos. Más adelante contemplé pequeños rayos de un azul blanquecino que atravesaban las hojas de los árboles, en algún momento de la noche la luna había salido y me acompañó de regreso a casa.

VIII

El día

Regresé cuando todos dormían, la alarma comenzó a sonar justo después de acostarme y el nuevo día me aplastaba. Mamá fue a levantarme después de un rato, ninguna de mis excusas me impidió ir a la escuela.

Esteban pasaba todas las mañanas por mi hermano y por mí en su taxi, ahí viajaban también sus tres sobrinos que estudiaban en mi escuela, creo que me dormí durante el camino. No recuerdo como llegué a mi salón ni de qué trató la primera clase. Intentaba no quedarme dormido, parecía que pasaba una eternidad entre cada parpadeo, mi cabeza caía unos instantes y después habría los ojos mirando a mi alrededor para saber si alguien se había dado cuenta de mi terrible somnolencia. Todos estaban tan concentrados o aburridos como se puede estar en una clase de matemáticas a las siete de la mañana, yo sentía mucho frío y después de un cabezazo volví a mirar a mi alrededor, en ese momento nuestras miradas se cruzaron.

Sami me miró y sonrió sin mover los labios, fue una sonrisa con su mirada, esa sonrisa me decía que ella también estaba desvelada, y también acababa de cabecear. Regresé la mirada al frente e intenté no dormir durante el resto de la hora de clase.

Cuando la maestra salió del salón, crucé mis manos sobre la paleta de mi butaca, sentí que Rosi me decía algo mientras me cubría con su suéter. Me quedaba poco a poco dormido y sentía que más suéteres e incluso mochilas eran arrojados sobre mi. El timbre que anunciaba la hora del receso me despertó, eran las once de la mañana. Una montaña enorme de suéteres rojos y mochilas me cubrían, habían también libretas, hojas de papel, bolsas de papas y hasta unas pilas. Si algo pasó no supe que fue, dormí escondido en medio del salón y a la vista de todos.

Salí a caminar un poco y el fresco aire del día me hizo temblar, mis ojos estaban irritados y recordé las veces que me había desvelado de esa manera, las noches de fin de año después de la cena y junto a una fogata contando anécdotas del año viejo. Recordé también noches difíciles que junto a la anterior me prepararían para otras etapas de mi vida. Sentí por primera vez mi amor por la noche, por lo compleja y extraña que puede llegar a ser.

Las horas siguientes pasaron rápido, cuando las clases terminaron salí como un zombie. Era la una, todavía temprano para irme a casa y no encontré a Rosi, así que me fui a gastar mi dinero en las maquinitas, me sentía bastante cansado y las primeras dos fichas no me duraron casi nada en el centro de videojuegos. Me fui de ahí y quise vagar un rato para esperar a que pasara el tiempo, mi transporte salía hasta las tres de la tarde.

Pasé por una heladería y se me antojó comprar un cono sabor a tequila, entré y automáticamente pedí uno sin saludar. Solo después de pagar vi el cabello leonino de Sami que se había girado para saludarme. Sonreí pero ella solo contestó moviendo la mano, en ese momento dudé si ella realmente me sonrió por la mañana. Caminamos un rato juntos, ella me preguntó porque estaba desvelado y le conté la razón, no sé si ella me creía, cuando llegamos a un portón ella se detuvo.

—Me encantó tu historia, no estoy segura si fue real pero me encantó. Ojalá algún día yo pudiera hacer eso, pero mi relación con la noche es bien diferente.

—¿Por? —pregunté intrigado y sin percibir que ella no creía del todo lo que había contado.

—Mañana te cuento, también tengo sueño.

—Podrías contarme ahora. ¿Así tratas a tus invitados?

—Te invitaría a pasar pero a mi mamá no le gustan la visitas.

—En mi casa todo el mundo es bienvenido, pero nadie va porque es a media hora de aquí.

—Espero visitarte algún día.

—Claro, ojalá y sea pronto, cuando termine el año escolar nos mudamos.

—¿Y eso porque?

—Pues ya vez, la vida sigue, entonces ¿Mañana me cuentas?

Ella se despidió sonriendo con sus ojos cafés, vi desaparecer su cabello leonino tras la puerta y seguí mi camino. Estaba un poco confundido pero me sentía contento de tener algo más para saber de ella.

Por la tarde una sensación extraña me acompañaba, era como si me sintiera insensible al sueño, tampoco me sentía cansado aunque tenía bastante hambre. Comí la milanesa empanizada como si fuera la primera vez que lo hacía, la porción de arroz con pedacitos de zanahoria y chícharos, era la mejor que había probado en toda mi vida. A pesar de no haber llegado a la cima de la montaña, sentía que esa comida era mi premio por haber hecho algo que superaba las cosas insensatas que acostumbraba a hacer.

Después de hacer la tarea, dormí de manera tan profunda como no recuerdo haberlo hecho desde entonces, fue un sueño placentero y reparador que no se interrumpió hasta el otro día.

Era viernes y los viernes acostumbraba ir con mi hermano y nuestros amigos a nadar, saliendo de clases. Nos veíamos fuera de la escuela e íbamos caminando hasta el parque, ahí había una alberca con agua fría. De camino solíamos pasar a la panadería de don Chago y es que resultaba imposible no hacerlo. Cuando estábamos a media cuadra podíamos oler el dulce aroma a pan recién hecho, nos atraía de manera irresistible, era casi hipnótico. La panadería era bastante rustica, un foco de luz cálida

iluminaba el mostrador de madera y de alguna manera todo se parecía a las losetas de barro cocido.

Los panes que comprábamos eran puerquitos de jengibre, conchas de manteca y polvorones. Duraban muy poco y por eso los guardábamos para después de nadar, tampoco eramos tan santos como me gustaría relatar; acompañábamos nuestros ricos panes con una bebida a base de tequila y refresco de toronja, la combinación era espectacular. Mi hermano y Poncho ya se habían lanzado al agua y yo estaba a punto de arrojarme de la misma manera que lo hacía siempre, tratando de lucirme. Me concentré, tome impulso y justo al saltar recordé. Sami me había dicho que me contaría porque estaba desvelada. Mi pecho golpeó contra el agua y en lugar de mover los brazos los contraí por el dolor y me hundí hasta el fondo.

IX

Entre rezos y cuentos

Mi hermano y Poncho me sacaron del agua, creo que alguno de los dos me abofeteó un par de veces y cuando pude responder les pedí que me contaran una historia de terror, ambos estaban confundidos y me costó bastante hacerles saber que estaba consiente y no deliraba. Definitivamente ambos habían reprobado la prueba, no estarían invitados a contar historias.

Cuando llegué a casa, mamá me pidió que la acompañara a algo después de comer, yo no puse mucha atención y respondí que sí. Más tarde habíamos caminado casi media hora, cuando mamá dijo que no quería que yo bostezara al dar el pésame, estábamos frente a la casa de Macario. Me sentí muy mal por no poner atención a lo que mi madre me había dicho durante la comida. No sabía quien había fallecido, no tenía la mas remota idea.

—¿A qué venimos? —pregunté ansioso.

—Pues a dar el pésame, en la vida y en la muerte debemos estar para apoyar a quienes nos rodean.

La casa de Macario era un cuartito de adobe con trejas de barro, entramos y saludamos con mucho respeto. En aquel lugar había una cama

que ocupaba casi toda la habitación, habían improvisado un altar con velas y un mantel blanco, no había ninguna foto, salvo la imagen de la virgen de los Dolores. Estaban unas señoras que no reconocí y mamá saludo a Ema, la esposa de Macario, le dio el pésame por el fallecimiento de su recién nacido; no supe que decir, aunque quería hacerlo. No quería preguntar por la forma en que murió su pequeño, ni siquiera lo llegué a conocer. Ema nos dijo que su esposo regresaría un poco más tarde con el bebé, hablaba como si su hijo todavía siguiera vivo.

Un silencio incomodo inundó la habitación iluminada tenuemente por las parpadeantes velas del altar. Emma comenzó a platicarnos sin dirigir la mirada a nadie, como si le hablara al viento, como si se hablara a ella misma, como si el dolor y la culpa desbordaran por todo su ser.

—Fue nuestra culpa, fue mi culpa. La pinche bruja no se lo iba a llevar si dejábamos las cosas en su lugar. La pinche bruja, la pinche bruja.

La voz de Ema se perdió en un silencio aterrador que poco a poco se fue disipando por los sonidos lejanos del pueblo. Se escuchaban algunos ladridos dispersos, un hacha cortando madera y la leve caricia del viento sobre los arboles, aquel sonido del viento era como una caricia de consuelo.

Mamá le acercó una veladora a Emma y ambas encendieron el pabito, Emma contempló la llama y casi de inmediato comenzaron a caer algunas

lagrimas sobre el suelo, y un leve sollozo dispersó lo poco que quedaba de silencio en la habitación.

Después llegó Esteban acompañando a Macario que llevaba entre sus manos una pequeña cajita blanca, no más grande que un caja de zapatos. Macario nos miró a todos con un gesto de agradecimiento y resignación. Colocaron la cajita en el altar y más tarde comenzaron a llegar varias señoras del pueblo trayendo café, pan y refrescos.

Luego llegó doña Clemencia Chimal, era una conocida resandera. No puedo separar el recuerdo de ella del recuerdo de todos los rosarios y funerales que vi durante mi niñez. Incluso cuando la veía en la calle sentía que se dirigía al funeral de alguien, era como un recordatorio de que a cualquier hora y en cualquier momento, en alguna parte del mundo, alguien le está llorando a un ser querido que se ha ido. Recuerdo el rebozo gris cubriendo su cabeza, asomando sus trenzas canosas que bordeaban los profundos senderos de su rostro. La señora trajo consigo una casuelita de barro, tenía cal en polvo que usó para hacer una cruz en el suelo.

Con varias velas bordearon los contornos de la cruz y la señora Clemencia intentó quitarle la veladora Ema, pero ella la sostenía con fuerza y estuvo a punto de gritar para que nadie le arrebatara su luz. Mamá intervino apartando a doña Clemencia y esperaron hasta que Ema dejara la veladora en el suelo, despidiéndose de aquella luz que iluminaba su semblante triste.

Pronto ya no cabíamos en el cuartito y salimos. No tardaron en escucharse los primeros rezos, el rosario comenzaba como da inicio cualquier rosario, los rezos retumban en lo profundo de cada persona. Yo recordaba las reflexiones que había tenido unas noches atrás durante mi caminata nocturna, me hubiera gustado decirle a mamá pero de haberlo hecho me hubiera ganado un castigo ejemplar. Guardé silencio mientras todo resonaba a oscuridad, “Ave María llena eres de gracia, el señor es contigo... hágase su voluntad en la tierra como en el cielo, aquí y en la hora de nuestra muerte”.

Salieron Macario y Esteban, ambos se acercaron a nosotros, parecían cansados. Macario se veía más casado que cuando lo veía trabajar durante todo el día. Esteban después de dejarnos en la escuela acompañó durante todo el día a Macario haciendo los trámites. Con los rezos al fondo Esteban y Macario comenzaron a conversar, no se si entre ellos o con nosotros.

—El doctor dijo que fue muerte natural ¿verdad? —Dijo Esteban incrédulo.

—Eso dijo, dijo que en veces los niños se ahogan con sus propios moquitos —mamá escuchaba a Macario como si hablara de otra cosa—, pues nosotros le limpiamos los moquitos a cada rato, pero se nos olvidó poner las tijeras debajo de la almohada, fue nuestra pinche culpa, yo quería que mi mujer me remendara un pantalón y se nos olvidó poner las tijeras en forma de cruz. Ahí estaba el espejo pero se ve que no sirvió para nada.

—Son muchas las cosas que se tienen que hacer con un recién nacido, por lo menos hasta que sea bautizado. —Dijo Esteban sonando algo condescendiente.

—¿No estaba bautizado? —preguntó mamá y yo recordaba que nunca pusieron un espejo junto a mi hermano pequeño cuando estaba recién nacido, pero sí que le pusieron un listón en su manita, era un listón rojo que tenía una semilla café a la que le decían ojo de venado.

—Así es, doña Pancha, el chamaco todavía no estaba bautizado y le hubiera visto su carita toda azul.

Lo que siguió en aquella conversación me recordó a lo que estábamos haciendo con Rosi, Sami y Tivi, también lo había hecho en algunos velorios pero siempre con niñas y niños de mi edad. Supe en ese momento que las mejores historias se cuentan cuando la ocasión lo exige, puede que no se digan con las mejores o más exactas palabras pero el contexto siempre lo determina todo. Era otra forma de enfrentar lo desconocido y de sobreponer la creación a la muerte.

El caso es que mamá comenzó a hablar de los Seru, lo hizo de tal manera que soy incapaz de poder escribir las sensaciones que sentía en aquel momento, era una explicación compleja y profunda de lo que estaba pasando; era también una forma de darle sentido a los hechos y paz a la mente de Macario. Dudo que alguna vez pueda recordar con exactitud lo dicho en ese momento, sus recuerdos de la infancia y los miedos más profundos que puede evocar lo desconocido. Por fortuna puede escuchar

su relato nuevamente y estoy apunto de compartirlo, pero como esta historia está contada con relativo orden primero respetaré el espacio de lo que contamos Esteban, Macario y yo.

Después de escuchar con atención a mamá, Esteban comenzó a contarnos.

—Dicen que las víboras también se transforman. Yo supe de una señora que fue a lavar al manantial que está junto al ahuehuate, la señora había llegado tarde y se había quedado lavando sola, no recuerdo si porque era día de fiesta o día santo. El caso es que la señora estaba ahí lavando cuando se le apareció una alicante como de dos metros, nadaba por encima del agua y se fue directo a ella, y la señora que no era nada miedosa que agarra una piedra y se puso a buscar a la alicante queriéndola matar. Dicen que la víbora se perdió detrás de una piedra, y como la señora no la encontró se regresó a seguir lavando. En eso que escucha a la víbora haciendo ruido a sus espaldas, como queriéndole hablar. La señora se dio vuelta y no vio a la alicante, resulta que era un joven alto, fuerte y bien parecido que se acercaba como queriéndola abrazar. La señora no pudo ni agarrar la piedra que había dejado a un lado, haciendo fuerza hizo como pudo para soltarse de los brazos de aquel joven y se echó a correr dejando toda su ropa en el lavadero. Cuando llegó a su casa, le contó a su suegra y juntas regresaron al manantial para dejar unas flores y unos cigarros, se llevaron toda la ropa y dicen que después de eso la alicante no volvió a aparecer.

—Eso pasa en muchos lados —dijo Macario sumándose a la conversación, yo sentí un inmenso respeto por él al contarnos algo a mitad de velorio de su hijo y con los rezos todavía de fondo —, a mí me pasó una vez en la montaña, una vez que fui a cortar leña. Ya había cortado la suficiente, pero uno de chamaco no sabe cuando dejar de hacer las cosas, ya no habían arboles secos y empecé a trozar uno que estaba verde. Conseguí mucha leña, tanta que ni me la había podido llevar, todavía dejé un montón. Me cargué la chispera en el hombro y el atado de leña me lo trepé en la espalda, era mucha y estaba bien pesada. Cuando iba bajando de la montaña que escucho la voz de una muchacha que me llamaba por mi nombre. Macario, decía ven Macario, y uno de tonto que va detrás de la voz, dejé la chispera y el atado de leña, empecé a buscar a la muchacha, nomás escuchaba su voz y risitas. De a veces se escuchaba más cerca y luego más lejos, la busqué y la busqué, hasta que sentí que estaba detrás de un árbol. Cuando fui a ver no había nadie, yo miré para todos lados y no había nadie, en eso que siento que había algo arriba del arbol y que me fijo. Era una alicante bien grande que se me dejó caer encima. Yo rodé por el suelo y salí corriendo, la víbora me perseguía hasta que pude agarrar mi chispera. Le disparé pero todo el humo se me fue a la cara y me quedé ciego por un rato, cuando pude ver ya no estaba la alicante.

—A mi hermano también le pasó una vez —dijo mamá después de hacer una mueca de ansiedad con los labios—, cuentan que regresan las balas, mi hermano dice que le disparó con una retrocarga y tampoco le hizo

daño. También se dice que tienen algunos poderes, que adormecen a las vacas cuando están dando leche, que duermen al becerrito y se ponen a tomarle toda la leche a la vaca. Dicen que también le ha pasado a mujeres que están amamantando.

—A mi también me pasó una vez —dije sorprendido—, en una ocasión veníamos de nadar con mis amigos de la escuela y cortamos camino por un lugar que tenía la hierba bien crecida. Chiflaban y chiflaban, pensamos que era la broma de alguien que andaba escondido por ahí y que se me ocurre también comenzar a chiflar, unos metros adelante se nos apareció una alicante enorme que se paró sobre la mitad de su cuerpo y nos chiflaba bien duro, todos se echaron a correr pero yo intenté aventarle un terrón pero se hizo polvo antes de darle.

—Ha de haber estado cuidando de sus crías —dijo mamá tratando de disolver la conversación—, se debe de darles respeto y no hacerles daño.

X

Seru

La tarde estaba menguando como la propia conversación, así que nos despedimos. El camino a casa era largo y la noche comenzaba a caer sobre nosotros, nos faltaba casi media hora a pie sobre aquel camino reseco y polvoroso, así que le pedí a mamá que me contara todo lo que sabía sobre los *Seru*, y esto fue lo que ella me contó.

—En la mesa de Santiago vive todavía una señora que ya tiene muchos años, desde que yo era niña ya era muy anciana y hasta la fecha sigue viva, según cuentan que ella es una de esas. Veste sus enaguas muy largas que se arrastran por el suelo, usa un quizquemel muy descolorido y aunque su cabello es gris, su cara sigue sin muchas arrugas.

“Cuentan que por las noches ella sale a chuparle la sangre a los niños, que en varias ocasiones le han dado muerte en otras comunidades, que la vuelven a ver y se sorprenden de verla con vida. Una vez me tocó escuchar a unos amigos de mi papá que llegaron a visitarnos, cuando vieron a la señora ellos se asustaron mucho y nos dijeron que hace poco la habían visto en su pueblo, que le habían dado muerte porque la habían encontrado chupando la sangre de un niño y las personas se juntaron para lincharla. Aunque la señora se veía diferente vestía la misma ropa y aquel quizquemel era inconfundible, bordado a mano, raído y viejo, cada quizquemel cuenta una historia y la de esa señora es muy antigua, desconocida y siniestra. Los

amigos de mi papá no volvieron a visitarnos desde que descubrieron que la señora sigue viva. De eso ya pasaron muchos años pero cuentan que otras personas la han reconocido y también han confesado que le habían dado muerte. La señora sobrevivió a todas esas cosas pero no salió ilesa, yo recuerdo que tenía varias cicatrices en la cabeza, seguramente de las veces que la han matado.

"Hace poco me enteré que sus hijas e hijos se la llevaron a vivir al sur, no se bien si a Yucatán o Quintana Ro, allá donde su familia tiene negocios y les va bien. Cuentan que la han llevado varias veces porque varias veces se les perdió, resulta que no le daban o le escondían dinero para que no se regresara, porque ella quería regresarse al pueblo. Ni la dejaban salir para que no se escapara, pero ella desaparecía y aunque buscaban en las terminales y aeropuertos no encontraban datos de la señora. Cuando menos lo esperaban ella ya había regresado a su casa, entonces la gente del pueblo se pregunta cómo viene, cómo le hace si no tiene dinero.

"Lo que me sorprende mucho a mí es que la señora sigue con vida, sus hijos ya son muy grandes hasta bisnietos tienen, y esa señora sigue con vida, mi mamá tiene casi noventa años y esa señora ya era muy grande cuando yo era niña, debe pasar de los cien años. Nadie sabe a ciencia cierta que edad tiene la señora. Su esposo si se murió, cuentan que lo mataron, dicen que una de sus hijas les encontró un jarro lleno de sangre, que eso es lo que comen; él y la señora siempre fueron muy delgados, con la piel

amarillenta y así andaban. Dicen que eso es lo que toman, nada más sangre y no comen comida, pero al señor lo mataron por culpa de su hija.

“Una noche la hija de los Seru fue a visitarlos y no los encontró en su casa, no sé que problema tenía, parece que se había peleado con su marido o algo y tuvo que caminar todo el día. Cuando llegó, entró a la casa, tenía mucha sed y hambre, por eso se puso a buscar algo con que calmar sus apetitos. La muchacha encontró junto a las cenizas aun tibias del fogón lo que creyó que eran unos huevos cosidos y antes de comerlos agarró un jarro para beber un poco de agua, pero el jarro no tenía agua, era sangre y cuando se dio cuenta se asustó mucho; intentó salir corriendo de la casa y movió un petate dejando ver varias piernas de personas que estaban escondidas, ella salió y cuando la luz de la luna iluminó sus manos, se sorprendió mucho más, descubrió que lo que llevaba en sus manos no eran huevos sino ojos humanos, los tiró al suelo y los pisó antes de irse corriendo del lugar. Fue por eso que mataron al señor, que perdió sus ojos y ya no pudo regresar a su forma humana.

“¿Te acuerdas que varias veces hemos visto luces en la noche? Pues lo que cuentan es que esos son los Seru, que se transformaron y así se mueven como una bola de fuego por encima de las montañas. En lo alto del cerro detrás de Maró y La Magdalena, cuentan que ahí se juntan, que son muchas las luces que llegan porque tienen un lugar para reunirse, dicen que danzan y cantan, cuentan que llegan de muchos lugares de Amealco, de Tismadeje, de muchos rumbos.

—¿Entonces se transforman?, ¿cómo se ven?

—Sí, se transforman. Antes de salir hacen un rito junto al fuego y ahí es cuando se quitan las piernas y las cambian por unas patas como de guajolote, pero muy grandes, usan unos pedazos de petate y se los clavan en la espalda para tener alas y poder volar. Esconden sus piernas y entierran sus ojos bajo las cenizas del fogón.

—¿Y por qué junto al fogón?, ¿no les sería mas cómodo llevarse sus ojos en una bolsista o algo así?

—El fogón es muy especial para nosotros los jñatjo, no sirve nada más para cocinar o para alumbrar, es un espacio de ceremonia también. Al rededor es donde se cuentan historias y experiencias, presagios y sueños, anhelos y temores. También se acostumbraba enterrar debajo del fogón el cordón umbilical de las recién nacidas, una ofrenda para Xoñijomu (la madre tierra) y para nusivi (el fuego sagrado). Yo me imagino que es por eso que los Seru entierran ahí sus ojos, lo hacen porque pueden ver mas allá del tiempo, esperan volver a transformarse en personas después de ir a beber la sangre de los niños.

—¿Pero por qué sabiendo todo eso no matan a esa señora y evitan que se mueran más niñitos?

—No es fácil responder eso, no es por miedo, porque aunque a muchos nos da temor en nuestro pueblo también tenemos a personas bien valientes, hay algo más. No solo se habla de los Seru con temor, también se habla con respeto, no le chupan la sangre a todos los niños, si no fuera así pues ni mis hermanos ni yo hubiéramos crecido. Parece que se llevan

solo a determinados niños, ya sea por evitar conflictos o enfermedades que ningún Dyeme (nigromante o sanador) podría curar. Es por eso que se los llevan a un lugar mejor bebiendo su sangre.

—¿La sangre les da poderes?, ¿por eso pueden volar y se transforman?

—No se si les de poderes o mantenga una maldición, se cree que la sangre de los recién nacidos es muy poderosa porque lleva consigo toda la esperanza de un futuro que aún no se ha logrado. Pero quién quiere hacer lo que nadie más quiere, ser odiado y perseguido por las personas que les temen o quieren venganza por haber perdido a sus hijos.

—Sería muy triste ser un Seru.

—No hay nada en este mundo, ni años de vida, juventud o riquezas que valgan la pena soportar tanto, su misión es extraña y difícil de comprender, por eso se les tiene tanto respeto.

Después de escuchar a mamá decidí contarle mi aventura en la montaña.

Continuará...

Sobre el autor

Ndareje, trabajador migrante y lector disléxico, de 31 años.

Autor de la novela corta Ra Jyasu y relatos como Menzeje, Xoñijomui y Fenamefi. Ha sido publicado en revistas literarias como Maremoto y Marabunta, también ha colaborado con la editorial Bibliobarrio de Montevideo, Uruguay. Comprometido con su pueblo Mazahua (Jñatjo en su propia lengua), se ha desempeñado como promotor cultural desde 1999, con su trabajo fotográfico en la Monografía Municipal de Temascalcingo bajo el sello del

Instituto Mexiquense de Cultura. Participó durante varios años en el equipo de Jyasu, periódico bilingüe español/jñatjo.

Trabajador industrial desde muy joven momento en expresó su creatividad en la dirección de talleres de formación sindical.

Cuenta con estudios en Derecho por la Universidad Autónoma del Estado de México. Actualmente comparte su tiempo entre la promotoría cultural, la lectura y el desempeño de diversos oficios.

Texto original de:

Julio Ndareje Garduño García

Portada: Bo`Xancù

En algún lugar del mundo

Octubre, 2019

Difunde pero cita, publicación

bajo licencia no comercial

Creative Commons



www.gosivi.wordpress.com